

nos ¿ha estado usted á gusto en casa? ¿Le han cuidado bien?

—Admirablemente; vida de príncipe.

—¡Oh, buena es esa!... Al marchar había tenido buen cuidado de dar las órdenes necesarias para que nada le faltase. Pero así y todo, no estaba yo aquí; no podía vigilar, y no sabe usted como se me ha podrido la sangre, con la idea de haberle abandonado á usted así, en nuestra pobre casa vacía.

Habían subido al coche y continuó la conversación. Lucas acabó de tranquilizarlos, jurándoles que había pasado dos días muy interesantes para él, segun les contaría más tarde. Al llegar á la Cr cherie, aunque ya era de noche, Jordán mir  en torno suyo tan contento de volver á su existencia acostumbrada, que lanzaba gritos de alegría. Parec ale verse all  después de una ausencia de muchas semanas.  C mo se podía encontrar gusto en andar por esos caminos, si toda la felicidad humana quedaba en el rincón estrecho en que se piensa, en que se trabaja, libre el alma del cuidado de vivir, por la ventaja del hábito? Esperando   que Scurette hiciera servir la comida, corrió   lavarse con agua tibia, y se empeño en llevar   Lucas   su laboratorio, con ansia de verse él mismo en él; y decía con su plácida risa, que no comer a bien, si primero no respiraba un poco el aire de la estancia en que pasaba la vida.

—Amigo mío, este es mi olor favorito. Palabra que s ... De todos los olores, el que más me gusta es el de la habitación en que trabajo... Este olor me encanta y me fecunda.

Era el laboratorio una gran sala muy alta de techo, construida de hierro y de ladrillos, cuyos anchos huecos daban sobre los verdores del parque; una mesa muy grande estaba en el medio, cargada de aparatos, y guarnec an las paredes multitud de complicados utensilios, con más, modelos, bocetos de proyectos, reducciones de hornos eléctricos en los rincones. De un extremo   otro de la sala, por el aire, una red de cables y de hilos, conducía la fuerza desde el próximo cobertizo en que estaba la máquina y la distribuía por los aparatos, útiles y hornos, para los experimentos. En medio de esta severidad científica, un poco

ruda, se había destinado, delante de uno de los huecos, cierto espacio, para una especie de blando retiro, un rincón de suave intimidad, con estantes bajos de libros, muelles butacas, el diván en que Jordán dormitaba   horas sealadas y la mesita en que se sentaba su hermana, vel ndole, colaborando como fiel secretario.

Jordán di  vuelta   un bot n, y toda la sala se alegr  con una ola de luz eléctrica.

—Heme aquí; decididamente no estoy bien más que en mi casa... Y mire usted, el accidente que me ha obligado á estar fuera tres días, vino justamente en el instante en que un experimento me apasionaba. Volver    la carga... Dios mío, qué bien me siento.

Y continuaba riendo, más colorado, más animado que de costumbre, tendiéndose   medias sobre el diván, en una postura como para soñar, que le era familiar. Obligó   Lucas   sentarse junto   él.

—Diga usted, querido mío, ¿no le parece que nos queda tiempo para hablar de estas cosas que me han hecho desear tanto el verle, que me han decidido   hacerle venir? Además, es necesario que mi hermana está presente, porque es excelente consejera, y si usted quiere, lo dejaremos para después de comer, para los postres... ¡Ah! qué placer tenerle á usted aquí en frente de mí y poder decirle, entre tanto, cómo van mis investigaciones. La cosa no va muy deprisa; pero trabajo, ya lo sabe usted, esto es lo importante; basta que se trabaje dos horas al día para conquistar el mundo.

Y habl  el silencioso, expuso sus trabajos que no confiaba á nadie, excepto   los árboles del parque, como decía en broma. El horno eléctrico, para la fundición de metales, estaba encontrado, y, por lo pronto, sólo había buscado su aplicación práctica para fundir mineral de hierro. En Suiza, donde la fuerza motriz de los torrentes permite instalaciones poco costosas, había visto hornos que fund an el aluminio en condiciones excelentes. ¿Por qué no había de fundirse también el hierro? No se trataba, si se quería resolver el problema, más que de aplicar los mismos principios   un caso determinado. Los hornos altos



actuales, no producen apenas más que mil seiscientos grados de calor, mientras que se obtenían dos mil con los hornos eléctricos, lo que daría una fundición inmediata y completa, de una perfecta regularidad. Había examinado sin esfuerzo el horno, tal como lo concebía, un simple cubo de ladrillos, de dos metros por todos sus lados, y dentro, el hogar y el crisol de magnesio, la más refractaria de las tierras conocidas. Había también calculado y determinado el volumen de los electrodos, dos gruesos cilindros de carbón, y su primera invención positiva consistía en haber comprendido, que podría tomarles directamente el carbono necesario para desoxigenar el mineral, de suerte que la operación de la fundición se simplificaría mucho, casi sin escorias, que estorbaban. Pero si el horno estaba construido, por lo menos en estado de bosquejo, ¿cómo ponerle en marcha, hacerle funcionar, de modo práctico y constante, según las necesidades industriales?

—¡Ahí tiene usted!—dijo señalando un modelo en un rincón del laboratorio.—Ese es mi horno eléctrico. Sin duda habría que perfeccionarle; tiene varios defectos, dificultades que todavía no he podido resolver. Con todo, tal como usted lo ve, me ha dado barras de excelente fundición y creo que una batería de diez hornos así, trabajando durante diez horas, darían la labor de tres hornos altos como el mío, que no se apagarían ni de día ni de noche. ¡Y qué fácil tarea, sin inquietud de ninguna suerte, dirigida por niños, dando vuelta á simples botones!... Pero debo confesar que mis barras fundidas me han costado tan caras como si fuesen lingotes de plata. De modo que el problema se plantea muy claramente; mi horno no es todavía más que un juguete de laboratorio; no existirá para la industria, hasta el día en que pueda alimentarle de electricidad con abundancia á precios de fábrica, bastante bajos, que hagan remuneradora la fundición del mineral de hierro.

Siguió explicando cómo hacía seis meses dejaba á su horno descansar, entregado por completo al estudio del transporte de la fuerza eléctrica. ¿No sería ya una economía quemar el carbón á la salida misma de la mina, y después enviar la fuerza eléctrica por

cables á las fábricas apartadas que lo necesitasen? También aquel era un problema, cuya solución buscaban muchos sabios hacía algunos años, y lo malo era que todos tropezaban con que se desperdiciaba una fuerza considerable.

—Todavía acaban de hacerse experimentos,—dijo Lucas con aire de incredulidad.—Yo creo que no hay economía posible.

Jordán sonrió con la suave terquedad, la fe invencible que ponía en sus investigaciones, durante los meses y meses que á veces le costaba la verdad menos importante que necesitaba afirmar.

—Jamás hay que creer, hasta adquirir la certidumbre... Yo he obtenido ya buenos resultados; algún día se almacenará la fuerza eléctrica, se canalizará, se dirigirá sin pérdida alguna. Si necesito veinte años, ¡corriente! dedicaré á ello veinte años. Es muy sencillo; se vuelve á la tarea todos los días; mientras la cosa no parece, vuelta á empezar. ¿Si no volviera á la carga, qué iba á ser de mí?

Había dicho aquello con un aire de tan cándida grandeza, que Lucas se sintió conmovido, como ante el arranque de un héroe. Y le reparaba, tan menudo, tan ruin, con su pobre salud siempre comprometida, tosiendo, agonizando, bajo abrigos y pañuelos, en medio de aquella inmensa sala, llena de gigantescos aparatos, atravesada por hilos que conducían el rayo, cada día más colmada del colosal trabajo de aquel sér menudo que allí se paseaba, se esforzaba, se encarnizaba en su empeño, como un insecto perdido entre el polvo del suelo. ¿Dónde encontraba, no sólo la energía intelectual, sino también el vigor físico para emprender y llevar á cabo trabajos considerables que parecían exigir muchas existencias de hombres fuertes y muy sanos? Y con qué trotecillo andaba, y cómo apenas respiraba, y sin embargo levantaba un mundo con aquellas manitas débiles de niño enfermo.

En esto se presentó Sœurette diciendo risueña:

—Qué es esto, ¿no vienen ustedes á comer?... Mira, Marcial, voy á cerrar el laboratorio con llave si no eres razonable.

El comedor, lo mismo que el salón, dos estancias



bastante pequeñas, tibias y suaves como nidos cuidados por un corazón de mujer, daban á la verde llanura, sobre un horizonte de praderías y tierras de labor que llegaban á las confusas lontananzas de la Rumaña. Pero á tal hora, ya de noche, las cortinas estaban corridas, á pesar de la suave temperatura. Lucas pudo notar otra vez los minuciosos cuidados que la joven prodigaba á su hermano. Seguía éste un régimen complicado, que tenía sus platos particulares, su pan, hasta cierta agua que se le templaba ligeramente. Comía como un pájaro, se levantaba y se acostaba temprano como las gallinas, personas de buenas costumbres. Luego, durante el día, había cortos paseos, ratos de descanso, siestas, entre las horas de trabajo. A los que se asombraban de la prodigiosa labor que producía, creyéndole un héroe de laboriosidad, un verdugo de sí mismo, ocupado día y noche, les respondía que trabajaba apenas tres horas al día, dos por la mañana y una por la tarde; y que todavía por la mañana dividía su tarea, poniendo por medio un rato de recreo, porque no podía fijar la atención más de una hora, sin sentir vértigos, como si la cabeza se le vaciase. Jamás había podido dar más de sí, su fuerza estaba en la voluntad, en la tenacidad, en la pasión por el trabajo presente, que engendraba y llevaba adelante con toda su bravura intelectual, aunque la preñez durase años, una vez concebida la idea. Así encontró Lucas respuesta á la cuestión que muchas veces había planteado, la de saber dónde encontraba Jordán, tan poca cosa, fuerza para sus enormes trabajos.

No la encontraba más que en el método, en el empleo prudente y razonado de sus medios, por pequeños que fuesen. Hasta utilizaba su debilidad, hacía de ella un arma contra el desorden que pudiera venir de fuera. Pero sobre todo, quería siempre lo mismo, daba á la tarea todos los minutos de que disponía, y esto sin desaliento posible, sin cansancio, con la fe lenta, continua, obstinada, que levanta las montañas. ¿Quién sabe el mundo de labor que se amontonaba, cuando se trabajaba sólo dos horas al día, con trabajo útil, decisivo, no interrumpido jamás por el capricho y la pereza? Es el grano de trigo que llena el saco, es la gota

de agua que hace al río desbordarse. Una piedra tras otra, el edificio sube, el monumento crece por encima de las montañas. Así era como este hombrecillo enclenque, envuelto en mantas, que todo lo bebía templado, so pena de constiparse, construía la obra más vasta, por un prodigio de método y de adaptación personal, no consagrándole más que las escasas horas de salud intelectual conquistadas á su decaimiento físico.

Reinó la cordialidad durante la comida, entre sonrisas. En toda la casa hacían el servicio mujeres, porque el de los hombres le parecía á Scurette demasiado estrepitoso, demasiado brutal para su hermano. El cochero y el mozo de cuadra buscaban ayudantes, en ciertos días fijos de gran apuro. Y las criadas, escogidas con gran cuidado, de aspecto agradable, de manos suaves y discretas, aumentaban la paz dichosa de la tranquila morada, sólo abierta á muy pocos íntimos. Había aquella noche una sopa substanciosa, un barbo pequeño en manteca, de Mionna, un pollo asado, una ensalada de legumbres, manjares bien sencillos, para celebrar la vuelta de los amos.

—¿De veras, no se ha aburrido usted mucho desde el sábado?—preguntó Scurette á Lucas, sentados ya los tres á la mesa.

—Le aseguro á usted que no,—respondió el joven.—Además, no saben ustedes lo muy ocupado que he estado.

Y les contó, primero, lo de la noche del sábado, la sorda rebelión en que había encontrado á Beauclair; el pan robado por Nanet, la detención de Lange, su visita en casa de Bonnaire, víctima de la huelga; pero por un singular escrúpulo que no se explicaba más tarde, no habló de su encuentro con Josina, no la nombró siquiera.

—¡Pobre gente!—dijo la joven con lástima.—Esta espantosa huelga los ha tenido á pan y agua, y gracias los que tenían pan... Qué hacer, cómo socorrerlos. La limosna es un alivio ínfimo, y no puede usted figurarse cuánto me he atormentado, durante estos dos meses, al vernos en una impotencia tan radical, á nosotros los ricos y felices.

Era una *humanitaria*, discípula del abuelo Michon,



el viejo doctor fourierista, saint-simoniano, que de pequeña la ponía sobre sus rodillas para contarle cuentos que él inventaba, de falansterios fundados en islas afortunadas, de ciudades en que los hombres realizaban todos sus sueños de ventura, en una eterna primavera.

—Qué hacer, qué hacer,—repetía angustiada, fijando los hermosos ojos piadosos y suaves en Lucas.— ¡Y ello, hay que hacer algo!

Entonces Lucas, vencido por la emoción, dejó escapar este grito del alma:

—¡Ah, sí!, ya es tiempo, hay que hacer algo.

Pero Jordán movió la cabeza; en su existencia claustral, de sabio, jamás se ocupaba en política. La despreciaba mucho, claro que con justicia, porque al fin, es necesario que los hombres atiendan á la manera de que se les gobierna. Sólo que desde la altura de lo absoluto, en que vivía, consideraba como despreciables los acontecimientos, accidentes de un día, simples vaivenes del camino. Según él, la ciencia únicamente conducía á la humanidad hacia la verdad y la justicia, á la final ventura á la ciudad perfecta del porvenir, á que se dirigen los pueblos con marcha tan lenta y angustiosa. Así que, para qué preocuparse por los demás; ¿no bastaba que la ciencia adelantase? ¡y pese á todo, adelantaba; cada una de sus conquistas era definitiva! Al cabo, cualesquiera que fuesen las catástrofes del camino, allí estaba la victoria de la vida, habiendo cumplido por fin la humanidad su destino. Y aunque muy amable y compasivo como su hermana, se tapaba los oídos ante la batalla contemporánea, se encerraba en su laboratorio, donde fabricaba, decía, felicidad para mañana.

—Obrar,—declaró á su vez,—el pensamiento, es un acto, y el más fecundo que pueda influir sobre la tierra. ¿Sabemos las semillas que están camino de germinar?... Si todos esos desgraciados me desgarran el alma, no por eso me inquieto, porque la cosecha vendrá forzosamente á su hora.

Lucas, no queriendo insistir, en el estado de espíritu febril y turbado en que se encontraba él mismo, contó en seguida los sucesos del domingo, el convite de la Guerdache, el almuerzo á que había asistido;

habló de las personas que había visto allí, de lo que había hecho y de lo que se había dicho. Comprendió perfectamente que hermano y hermana oían aquello con frialdad, sin interés por toda aquella gente.

—Desde que están en Beauclair, vemos raras veces á los Boisgelin,—manifestó Jordán, con su tranquila franqueza.—En París habían estado muy amables; pero aquí vivimos tan retirados, que el trato, poco á poco, ha cesado casi. Luego, hay que decirlo, nuestras ideas y nuestros hábitos son muy diferentes. En cuanto á Delaveau, es mozo inteligente y activo, entregado á su negocio, como yo al mío. Y he de añadir, que me causa terror la buena sociedad de Beauclair; hasta el punto que le cierro la puerta á cal y canto, muy satisfecho con verla indignada, y quedar aislado, como loco peligroso.

Sæurette se recho á reír.

—Marcial exagera un poco; yo recibo á Marle, el cura, excelente persona, así como al doctor Novarre, y al maestro Hermeline, cuya conversación me interesa. Aunque es cierto que nuestras relaciones con los amos de la Guerdache son de cumplido, no por eso es menor mi sincera amistad con la señora de Boisgelin, tan buena y tan amable.

Jordán se divertía en dar broma á su hermana algunas veces.

—Dí entonces que soy yo quien hace huir á la gente, y que si no fuese por mí, abrirías la puerta de par en par.

—¡Pues ya lo creo!—exclamó ella, también en broma.—Aquí se hace lo que tú quieres. ¿Quieres que dé un gran baile, y que invite al Sub-Prefecto Chatelard, á Gourier, el alcalde, al presidente Gaume, al capitán Jollivet, á los Mazelle, á los Boisgelin, á los Delaveau?... Tú romperás la marcha, bailando con la señora Mazelle.

Y siguió la broma; muy contentos aquella noche con su vuelta al nido fraternal, y con la presencia de Lucas. Después, á los postres, la gran cuestión sería se abordó por fin. Las dos criadas, tan mudas, tan ágiles, se habían marchado, pisando con suelas de fieltro, que no hacían ruido. Y el comedor apacible tenía la



infinita suavidad de la intimidad cariñosa, en que razones y cerebros se abren libremente.

—He aquí, amigo mío,—dijo Jordán,—lo que yo deseo de su amistad de usted... Usted estudiará la cuestión y me dirá, sencillamente, lo que haría en mi caso.

Explicó todo el asunto, y en qué disposición de ánimo se encontraba. Hacía mucho tiempo que se habría deshecho del horno alto, si la explotación no marchara, por decirlo así, sola, guiada por la rutina. Las ganancias seguían siendo suficientes, pero esto no le importaba, porque se creía bastante rico; por otra parte, para doblarlas y triplicarlas, hubiera sido necesario renovar una parte del material, mejorar el producto, en una palabra, dedicarse al negocio por completo. Eso era lo que él no podía ni quería hacer; tanto más, que aquellos hornos altos antiguos, de un método, según él infantil y bárbaro, no le interesaban, no podían serle de ninguna utilidad, para los experimentos de fundiciones eléctricas que eran su pasión. Había dejado su horno alto seguir como hasta allí, pensando en él lo menos posible, esperando la ocasión de no pensar en él absolutamente.

—Ya me comprende usted, ¿no es eso?... Y en esto, de repente, muere Laroche, el buen viejo, y toda la explotación y todos los cuidados caen sobre mis espaldas. No puede usted imaginar lo que habría que hacer, si se quisiera tomar la cosa en serio; la vida de un hombre apenas bastaría. Y es el caso, que hoy por nada del mundo abandonaré mis estudios, mis investigaciones. De modo que lo mejor es vender, y estoy casi resuelto; pero me importa conocer primero la opinión de usted.

Lucas le comprendía, todo aquello le parecía razonable.

—No hay duda,—respondió,—que usted no puede cambiar su trabajo, toda su existencia. Usted y el mundo perderían mucho. Sin embargo, reflexione más, acaso haya otras soluciones... Y además, para vender, hace falta quien compre.

—¡Oh!—replicó Jordán,—eso lo tengo... No es cosa de ayer mañana el deseo de Delaveau, que sueña con juntar el horno alto de la Crecherie á su fá-

brica de aceros, el Abismo. Ya me ha tanteado; no tendría más que mover un dedo.

Al nombre de Delaveau, hizo Lucas un movimiento brusco, pues, al fin, se explicaba por qué aquél se había mostrado tan inquieto, tan apremiante en sus preguntas. Y como el huésped, que sorprendió el gesto, le preguntase si tenía algo que decir contra el director del Abismo:

—No, no,—contestó Lucas,—le creo, como usted, un hombre inteligente y activo.

—Eso es,—continuó Jordán,—el negocio estaría en manos expertas... Me temo que habría que admitir ciertos arreglos, aceptar pagos á muy largos plazos, porque le falta dinero; Boisgelin ya no tiene capital disponible. Pero poco me importa; puedo esperar, me bastarían garantías sobre el Abismo.

Y tras una pausa, mirando á Lucas de frente, concluyó:

—Vamos á ver, ¿me aconseja usted cerrar el trato con Delaveau?

El joven no respondió inmediatamente. Un malestar, una invencible repugnancia llenaban todo su ser. ¿Qué era aquello, por qué se indignaba, se rebelaba, como si de aconsejar que se entregara el horno alto á aquel hombre hubiera cometido una mala acción, que sería un remordimiento? Y ello era que no se le ocurría ninguna razón plausible que le autorizase para aconsejar lo contrario. Y acabó por responder:

—Ciertamente, todo eso que usted me dice está muy bien, y no puedo menos de aprobarlo... Con todo, reflexione, reflexione usted más.

Hasta entonces Sœurette había escuchado muy atenta, sin intervenir.

Parecía participar del sordo malestar de Lucas; le echaba una mirada de cuando en cuando, esperando, inquieta, lo que iba á decidir.

—Hay algo más que el horno alto,—dijo por fin;—hay la mina, todos esos inmensos terrenos pedregosos que la acompañan, y que no cabe separar, me parece.

Su hermano hizo un gesto de impaciencia, deseoso como estaba, de verse libre, pronto y de un golpe.



—Delaveau llevará también los terrenos, si los desea. ¿Qué quieres que hagamos de ellos? Rocas pedradas, calcinadas, donde ni las zarzas quieren salir. Todo eso no vale nada, puesto que ahora ya no es explotable.

—¿Es seguro que no lo es?—insistió la hermana. —Recuerdo, señor Froment, que me contó usted un día, que en el Este se había llegado á explotar minerales muy defectuosos, gracias á un procedimiento químico... ¿Por qué no se ha ensayado todavía ese procedimiento allá arriba, en lo nuestro?

Otra vez Jordán levantó los brazos desesperadamente al cielo.

—¿Por qué, por qué? hija mía... Porque Laroche era incapaz de una iniciativa; porque yo mismo no he tenido tiempo de ocuparme de eso; porque las cosas iban de cierta manera, y no pueden ir de otra... Ahí tienes; si vendo es justamente por no oír hablar más de eso, porque es absolutamente imposible que yo dirija el negocio, me pone malo!

Se había puesto en pie, y la hermana calló, viéndolo tan agitado, temerosa de verlo febril.

—Hay momentos,—continuó él,—en que me entran ganas de llamar á Delaveau para que cargue con todo, aunque no me pague nada... Lo mismo que esos hornos eléctricos, cuya solución busco con tanto afán; jamás he querido ponerlos yo mismo por obra, acuñar oro con ellos; porque el día que los haya descubierto, los entregaré á todos, para prosperidad y dicha de todos... En fin, es cosa convenida; ya que nuestro amigo considera mi proyecto razonable, mañana estudiaremos juntos la cesión, y acabaré de una vez...

Luego, como Lucas no respondía, por aquella repugnancia, y deseoso de no comprometerse más; volvió Jordán á excitarse, y le propuso subir un instante á ver el horno alto, porque quería saber por sí mismo como se había portado durante aquellos tres días de ausencia.

—Estoy algo inquieto; hace una semana que murió Laroche, y no le he reemplazado; he dejado á mi maestro fundidor, Morfain, dirigir el trabajo. Es un hombre admirable; ha nacido allá arriba; ha crecido

entre el fuego. Pero así y todo, la responsabilidad es pesada para un simple obrero como él.

Temerosa Scœurette, quiso intervenir, suplicando:

—Pero Marcial, acabas de llegar, estás fatigado, y quieres salir así, á las diez de la noche.

Otra vez muy cariñoso, la abrazó diciendo:

—Deja, chiquilla, no te atormentes; ya sabes que nunca hago más de lo que puedo; te aseguro que dormiré mejor, si cumplo mi deseo... La noche no está fría, y llevaré el abrigo de pieles. Ella misma le ató un gran pañuelo al cuello y le acompañó hasta lo último de la escalinata, para convencerse de que en efecto la noche estaba deliciosa; un sueño tranquilo de los árboles, de las aguas y de los campos, bajo un cielo de terciopelo oscuro, tachonado de estrellas.

—Señor Froment, ya sabe que á usted se lo confío, no le deje tardar mucho.

Lucas y Jordán, por detrás de la casa, empezaron en seguida á subir por la estrecha escalera, labrada en la piedra, que subía á la meseta de roca sobre la cual estaba construido el horno alto, á media ladera del gran declive de los Montes Bleuses; se subía entre pinos y plantas trepadoras: un verdadero laberinto, que encantaba. Levantando la cabeza, á cada recodo del sendero, se distinguía la masa negra del horno alto destacándose cada vez más neta en la noche azul, con los extraños perfiles de los órganos mecánicos agrupados alrededor del hogar central.

Jordán iba delante á paso ligero y menudo, y al llegar á la meseta, se detuvo ante un montón de rocas, donde brillaba una lucecita como una estrella.

—Espere usted,—dijo,—voy á saber si Morfain no está en casa.

—Pero, ¿dónde está la casa?—preguntó Lucas, asombrado.

—Pues allí, en esas antiguas grutas que ha transformado en una especie de vivienda, donde se empeña en vivir, con su hijo y su hija, á pesar de habersele ofrecido una casita más habitable.

En la garganta de Brías, todo un pueblo miserable



ocupaba agujeros parecidos. En cuanto á Morfain, seguía allí por gusto, pues allí había nacido cuarenta años antes, y allí estaba al lado de su trabajo, casi pegado á aquel horno alto, que era su vida, su cárcel y su imperio. Por lo demás, en su instalación prehistórica como troglodita civilizado, había acabado por introducir algunas comodidades; un sólido muro que cerraba las dos grutas, una puerta sencilla y ventanas con vidrios pequeños en las aberturas. En el interior había tres piezas, la alcoba del padre y del hijo, la de la hija, y la sala de uso común, que era comedor, cocina, taller. Las tres estaban muy limpias, con sus paredes y bóveda de piedra, guarnecidas con muebles sólidos, labrados á hachazos.

Como Jordán había dicho, los Morfain eran, de padres á hijos, maestros fundidores en la Crecherie. El abuelo había ayudado á la fundación, el nieto vigilaba todavía las sangrías, después de ochenta años de reinado no interrumpido; y esto le daba cierta altivez y también un título irrecusable de nobleza. Cuatro años hacía que había muerto su mujer, dejándole un muchacho de diez y seis años y una niña de catorce; el chico había entrado desde luego á trabajar en el horno alto; la muchacha cuidaba de padre é hijo, cocinando, barriendo, como buen ama de su casa. Y así seguían las cosas, la chica ya tenía diez y ocho años, su hermano veinte, y el padre miraba tranquilo como su raza continuaba su labor, esperando transmitir á su hijo el horno alto, como su padre se lo había transmitido á él.

—¡Ah! ¿está usted ahí, Morfain?—dijo Jordán, después de empujar la puerta, cerrada con un simple picaporte.—Estoy de vuelta y he querido enterarme de lo que haya.

En aquel hueco de roca, alumbrado por una lámpara pequeña, que daba humo, el padre y el hijo, sentados á la mesa, comían una sopa antes de la vela, mientras que la hija les servía, en pie detrás de ellos, y sus sombras agrandadas parecían llenar el recinto, á que daba solemne gravedad el largo silencio que solía reinar allí dentro.

Con voz gruesa, lenta, Morfain respondió:

—Hemos tenido un contratiempo, señor Jordán. Mas espero, que pronto podremos estar tranquilos.

Se había levantado, como también su hijo, y estaba en medio de los dos hermanos, gigantes los tres, tan fuertes, tan altos, que casi tocaban con la frente la bóveda, baja, la piedra tosca y ahumada que servía de techo á la estancia. Semejaban tres aparecidos de lejanas épocas, una familia entera de rudos trabajadores, cuyo esfuerzo secular, á través de las edades, había domado la naturaleza.

Lucas, sorprendido, miraba á Morfain, un coloso, uno de los Vulcanos de otros días, vencedores del fuego. La cabeza enorme, ancha la faz, que el fuego había enrojecido y resquebrajado; frente abultada, nariz aguileña y ojos como brasas, entre mejillas que parecían devastadas por la lava. La boca hinchada, torcida, de un rojo leonado de quemadura. Y manos que tenían el color y la fuerza de dos tenazas de viejo acero. Después, Lucas miraba al hijo, Petit-Da, como le llamaban, con un mote que le había quedado, porque cuando niño pronunciaba mal ciertas palabras. Por aquel tiempo, por poco deja un día sus menudos dedos en una barra de fundición, apenas enfriada. Era otro coloso, casi tan gigantesco como su padre, del cual tenía la faz cuadrada, la nariz soberana, entre ojos que echaban llamas; pero estaba menos endurecido, menos castigado por el fuego; y sabía leer, lo cual suavizaba é iluminaba sus facciones, con un nuevo pensamiento. Después, Lucas miraba á la hija, Azulina, á quien el padre, con ternura, siempre había llamado así, por lo azules que eran sus ojos de diosa rubia; de un azul claro, infinito, tal, que en su rostro no se veía más que aquel azul de cielo sin límites. Una diosa, de gran estatura, de una belleza magnífica y sencilla, la más hermosa, la más callada, la más salvaje del país; pero aquella salvajez, sin embargo, soñaba, leyendo libros, viendo venir á lo lejos cosas que su padre no había visto jamás; cuya esperanza, no confesada, la estremecía. Maravillábase Lucas ante aquellos tres héroes, aquella familia en que veía el largo trabajo abrumador de la humanidad en marcha, el orgullo del esfuerzo doloroso, sin cesar renovado, la antigua nobleza del trabajo



mortífero. Jordán, á todo esto, había vuelto á alarmarse.

— ¡Un contratiempo, Morfain! ¿qué ha sucedido?

— Sí, señor Jordán; una de las toberas se había atascado. Durante dos días, bien, creí que íbamos á tener una desgracia; y no he dormido, por el disgusto de que semejante cosa me sucediera á mí en ausencia de usted... Pero lo mejor es ir á verlo si tiene usted tiempo; justamente se va á colar ahora mismo.

Los dos trabajadores acabaron la sopa, en pie, á grandes cucharadas, mientras la joven limpiaba ya la mesa. Hablaban poco unos con otros; se comprendían con un gesto, con una mirada. Sin embargo, el padre dijo á Azulina, con voz ruda, suavizada por el cariño:

— Puedes apagar, y no nos esperes, porque dormiremos allá.

Lucas, que se volvió, mientras Morfain y Petit-Da acompañaban á Jordán, distinguió á lo lejos, en la elara noche, á Azulina en pie, en el umbral del bárbaro albergue, grande y soberbia, como una enamorada de los tiempos remotos, con sus grandes ojos azules, perdidos en el ensueño.

Pronto se irguió ante ellos la masa negra del horno alto. Era de modelo antiguo, pesado y rechoncho, apenas de quince metros de altura. Pero poco á poco se le había rodeado de órganos nuevos, que ya parecían como una aldehuela en torno suyo. Construido recientemente, el edificio en que se hacía la colada, con el piso de arena fina, era de elegante ligereza, con armazón de hierro cubierto de tejas. Á la izquierda, bajo un cobertizo, con vidrieras, estaban los fuelles, la máquina de vapor, que insuflaba el aire; á la derecha, se veía los dos grupos de grandes cilindros, aquellos en que el gas de la combustión venía á dejar el polvo, y los otros que servían para calentar el aire frío, que soplaba la máquina, á fin de que llegase ardiente al horno alto, para activar la fundición. Había, además, recipientes de agua, toda una tubería que alimentaba una continua corriente, aplicada á las paredes de ladrillo, que las refrescaba y disminuía el efecto de la terrible hoguera interior. De este

modo, el monstruo desaparecía, bajo los complicados edificios auxiliares; un amontonamiento de construcciones, una multitud de depósitos de palastro, una confusión de gruesos tubos metálicos, todo lo cual, en su extraordinario conjunto, sobre todo de noche, aparecía con monstruosos perfiles, extrañamente fantásticos. Arriba, se distinguía en el mismo flanco de la roca, el viaducto por donde se conducían los vagones de mineral y del combustible al nivel del tragante del horno. Debajo, la cuba levantaba su cono negro, y había después, desde el vientre hasta la parte interior de los etalajes, una fuerte armadura de metal, que sostenía el cuerpo de ladrillo, que servía de soporte á los conductos de agua y á las cuatro toberas; luego en lo más bajo, ya no había más que el crisol, con la piquera, cerrado con un tapón de tierra refractaria. ¡Gigantesco animal de forma pavorosa, cuya digestión devoraba piedras, y producía metal en fusión!

Ni un ruido, nada de claridad; aquella digestión formidable era muda y negra. Sólo se oía un murmullo de arroyo, causado por las continuas gotas de agua que caían de las paredes de ladrillo; sólo á alguna distancia la máquina sopladora roncaba sin tregua. Y por todo alumbrado, tres ó cuatro faroles brillaban nada más en la noche, que hacían más oscura las sombras de las enormes construcciones; sólo se distinguían formas pálidas, los ocho obreros fundidores del relevo nocturno, vagando, en espera de la sangría. Arriba, sobre la plataforma del tragante, no se veía siquiera á los cargadores, que, en silencio, obedecían á señales que hacían desde abajo, vertiendo en el horno determinadas cantidades de mineral y de carbón. Ni un grito, ni una llamarada, una oscura y muda tarea, algo desmesurada y salvaje, que se cumplía entre tinieblas, el parto secular y laborioso de la humanidad, preñada del porvenir. En tanto, disgustado por las malas noticias, Jordán, á quien había alcanzado Lucas, volvía á sus sueños, mostrándole con un ademán el montón de las construcciones.

— Mire usted eso, amigo mío; ¿no tengo razón, queriendo arrasarlo todo, y reemplazar ese monstruo,